

EL PASO DEL CÓDICE AL IMPRESO

MIGUEL ÁNGEL PALLARÉS JIMÉNEZ

El librero del siglo XV contaba con una versatilidad profesional que le hacía abarcar un amplio abanico laboral: era el que copiaba actas, y papeles de estudio, de canto y documentos institucionales; caligrafiaba libros y los encuadernaba; vendía material de escritorio, libros y cuadernos en blanco, papel, abecedarios y muestras; intervenía en el acabado formal de los libros (dibujo de capitales, miniado, cosido de cubiertas, dorado de cantos, etc.) y también era la base de la escolarización de gran parte de la población urbana.

Esta polivalencia iba a hacer que los libreros del siglo XV no sintieran como rival a la imprenta; es más: el contacto de la librería tradicional con la manera mecánica de reproducir libros iba a ser, en un principio, beneficioso para el gremio de San Jerónimo, al contrario de lo que se pudiera pensar.

No es cierto que el manuscrito desapareciera a la llegada de la tipografía ni que la profesión de los libreros se descalabrara; éstos pasaron a formar parte del mundo complementario de la imprenta, sobre todo en la venta y en el acabado. El códice, sin embargo, iniciaba un declive que muy pronto sería definitivo.